3
La universidad por un nuevo humanismo: propuesta jubilar y encargo indeclinable*

Carlos Arturo Ospina Hernández**

El fin del siglo XX y el comienzo del siglo XXI marcaron el advenimiento de un nuevo milenio y, por este motivo, la Iglesia católica universal realizó la celebración de un gran jubileo que tuvo como centro el misterio de la encarnación del Verbo. La puerta santa fue abierta por su S.S. Juan Pablo II el 24 de diciembre de 2000, para dar comienzo a la gran celebración.

Ese momento esplendoroso puso a la humanidad en presencia de su destino histórico iluminado por la presencia del Vicario de Cristo en la Tierra. La figura misma de Juan Pablo II evocaba el paso de las guerras y los totalitarismos como también la fuerza de la fe y del amor de Cristo que fueron su gran arma para derrumbarlos.

No solamente se dio un cambio de siglo, sino un canto de victoria de una Iglesia que ha acompañado a la humanidad, aún en los peores momentos, y que no se cansa de proclamar la unión indisoluble entre el creador y las creaturas, recordando a cada instante el misterio de la redención.

Dentro de los encuentros en Roma, con motivo del año jubilar, hubo uno específico con las universidades y allí fueron convocadas para la realización de un nuevo humanismo a la luz del Verbo Encarnado. Pasados diez años del acontecimiento,

* Ponencia presentada en el VIII Coloquio interno de profesores en la Universidad Católica de Colombia.

** Magíster en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Candidato a Magíster en Psicología de las Organizaciones de la Universidad Católica de Colombia. Abogado. Licenciado en Filosofía y Educación de la Universidad Santo Tomás (Bogotá). Subdirector y profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia.caospina@ucatolica.edu.co

como también de la creación del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia, aquí se presenta un ejercicio retrospectivo sobre estos dos importantes hechos.

Un nuevo humanismo desde el horizonte hermenéutico de la Encarnación

Con motivo del Jubileo del año 2000, la Congregación para la Educación Católica y el Pontificio Consejo de la Cultura elaboraron un interesante documento, titulado: La universidad por un nuevo humanismo (Congregación para la Educación Católica y Pontificio Consejo de la Cultura 47). El centro de ese humanismo se da en el misterio de la encarnación: Dios hecho hombre en la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Coincide ese postulado con la declaración de principios contenida en los estatutos (Universidad Católica de Colombia 41) de la Universidad Católica de Colombia: "Nadie podrá poner otro fundamento fuera del que ya está puesto y este es Cristo Jesús" (Cor. 3: 11). El documento explica cómo Cristo es fundamento de ese nuevo humanismo por ser la respuesta a la verdad sobre el hombre. Con esa premisa recorre las tres dimensiones que esa verdad expresa: cósmica, histórica y antropológica-existencial.

La dimensión cósmica

La dimensión cósmica (Congregación para la Educación Católica y Pontificio Consejo de la Cultura 8-9) presenta a Cristo como el primogénito de la creación y su gran artífice: "todo ha sido hecho por medio de Él"(Juan. 1: 3.). También como el sentido: "Él es el primogénito de todas las cosas y todas subsisten en Él"(Col. 1: 17). Después como el rescate: "la creación espera con impaciencia y nutre la esperanza de ser también librada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de los hijos de Dios en efecto gime con dolores de parto"(Rom. 8: 19).

Finalmente como la recapitulación: "y este designio consiste en que Dios ha querido unir bajo el mando de Cristo todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra"(Ef. 1: 10). El hombre descubre, de esa manera, en Cristo el valor originario y escatológico de la creación como libertad, responsabilidad, creatividad y

gozo; como alegría del reposo y de la contemplación. La creación se convierte en la auténtica vía estética del encuentro con Dios como apertura y evocación. Genera, en esas condiciones, un modo de concebir y proyectar la existencia, convirtiéndose en visión e interpretación, mentalidad y proyecto, inspiración y búsqueda.

La dimensión histórica

Con relación a la historia (Congregación para la Educación Católica y Pontificio Consejo de la Cultura 9-14), el evento de la encarnación esclarece el sentido del tiempo y su dimensión esencial. Es allí donde se crea el mundo, se desarrolla la historia de la salvación y llegada su plenitud sucede la encarnación, la muerte, la resurrección y se espera el regreso de Cristo en el fin del mundo. No es apenas un *chronos* sino un *kairós*, un encuentro de la visión histórica con la visión profética. Un escenario de la esperanza.

En ese escenario la fe es capaz de generar cultura. Sin proceder de la cultura vive en ella y sin ordenarse a ella le confiere una capacidad de nueva humanización y de profecía. El valor profético de la esperanza caracterizó la celebración jubilar que abrió el tercer milenio.

La dimensión antropológica

La dimensión antropológica y existencial (Congregación para la Educación Católica y Pontificio Consejo de la Cultura 15-20) se revitaliza en el marco de la historia de la salvación, pues invita a la conversión y la renovación. De ese modo la dimensión personal, en la intimidad profunda del sujeto y en el despliegue abierto de las relaciones, es imprescindible y prioritaria. No es posible la renovación histórica y social sin la conversión del corazón. Ese proceso conduce, en el ámbito universitario, a la práctica de la caridad intelectual (Congregación para la Educación Católica y Pontificio Consejo de la Cultura 27-31) que conjuga el amor y la verdad. Un amor que ilumina la vida con la verdad de Cristo que transforma el corazón del hombre y lo arranca del egoísmo que genera miseria y muerte.

Vistas, a grandes trazos, las dimensiones afectadas por el misterio de la Encarnación y la propuesta de la caridad intelectual, cabe también preguntarse por el

momento histórico que ha significado el paso del siglo XX al siglo XXI iluminado por la celebración del gran jubileo.

El siglo XX configuró una era histórica

El siglo XX (Clá Dias *et al.* 553) no ha sido un siglo cualquiera, pues en sí mismo encerró una era histórica, no tanto por su duración sino por el gran cambio que durante su transcurso se dio en las realidades estructurales a todos los niveles. Como hito simbólico su comienzo puede remontarse a la Exposición Internacional de París, representada por la Tour Eiffel (1889), clarinada de una era de progreso tecnológico y científico que prometía a la humanidad el dominio de la naturaleza y la felicidad ilimitada. El final de esa era puede considerarse cuando se dio el atentando del 11 de septiembre de 2001 que derrumbó las Torres Gemelas en New York. Allí se desplomaron las ilusiones que la Tour Eiffel proclamó 110 años atrás.

Durante el periodo comprendido entre estos dos acontecimientos hubo rupturas estructurales de todo orden: la caída de la mayoría de las monarquías, las dos guerras mundiales, la *american way of life*, el totalitarismo nazi, el totalitarismo comunista, dictaduras, la guerra fría, pueblos enteros convertidos en campos de batalla del enfrentamiento entre Moscú y Washington, el derrumbe de los totalitarismos y la entrada en escena de la guerra contra el terrorismo y el narcotráfico.

Se dieron paralelamente una serie de procesos inspirados en una profunda revolución cultural, cuya expresión más visible fueron los acontecimientos de mayo y junio de 1968, sucedidos en la Universidad de La Sorbonne en París. Allí se pregonó el "prohibido prohibir", la supremacía de los instintos sobre la razón, se reivindicó el tribalismo y el regreso de la humanidad a la edad de la piedra sin pulir.

Después de esa explosión temperamental y anárquica hubo una aparente superación del conflicto, pero la realidad fue la *hippificación* del orden social que ha significado una abdicación de las identidades y mil indistinciones en los diferentes ordenes: entre Dios y el demonio, entre lo religioso y lo mágico, entre el hombre y la mujer, entre el niño y el adulto, entre el ser humano y el animal, entre el gobernante y el gobernado, entre lo público y lo privado, entre lo criminal y lo judicial,

entre los productos de la revolución genética y la condición humana. Hasta el hombre mismo corre el riesgo de ser sustituido por un clon.

Las catástrofes naturales han sido no solamente frecuentes sino devastadoras durante lo que va corrido del siglo XXI, basta con constatar que la tierra ya se ha salido de su eje en dos ocasiones con el Tsunami de Sumatra y el terromoto de Chile. No es por acaso que la Madre de Dios se apareció en Fátima en 1917 y dio a los tres pastorcitos un mensaje de advertencia acerca de las catástrofes en el orden espiritual y material que sobrevendrían, pero ante todo de esperanza: ¡por fin mi Inmaculado Corazón triunfará!

También debe recordarse que en medio de todas esas convulsiones la Iglesia proyectó su acción bienhechora acompañando a la humanidad en todas las calamidades, renovándose al impulso de la acción redentora de la cabeza de su cuerpo místico: Nuestro Señor Jesucristo. Y pagando un alto precio con la sangre de sus mártires que se calculan en 45.500.000, el 65 % de los estimados en dos milenios[1].

El legado de S.S. Juan Pablo II

En ese escenario, la esperanza se encarnó precisamente en quien convocó el jubileo del año 2000 y propuso a la universidad como la depositaria de un nuevo humanismo. Se trata de S.S. Juan Pablo II, quien ha dejado en su obra *Memoria e*

1. ROMA, 9 mayo 2002 (ZENIT.org <http://www.zenit.org/>).- En dos milenios de cristianismo, se calcula que 70 millones de cristianos han sido asesinados por su fe; de ellos, 45 millones y medio (el 65 %) son mártires del siglo XX.

Esta es la conclusión a la que llega el libro *Los nuevos perseguidos* (*I Nuovi perseguitati*), del periodista italiano Antonio Socci, presentado este jueves durante la Conferencia La persecución anticristiana en el siglo XX, celebrada en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma.

Entregué los borradores del libro en enero –explicó Socci– y desde entonces el martirio de los cristianos no ha tenido tregua: basta pensar en lo que está sucediendo en Colombia e Indonesia.

En el análisis del periodista, el término mártires cristianos no es entendido en el sentido específico de la palabra (con el reconocimiento de los procesos de canonización de la Iglesia), sino según el parecer común de los estudiosos que han realizado estadísticas sobre las persecuciones religiosas.

El mapa de la persecución actual, realizado por Socci, presenta los países en los que los cristianos sufren persecución a causa de la fe: Molucas (Indonesia), Bangladesh, India, Nigeria, Timor Oriental, Cuba, repúblicas de la ex Unión Soviética, Arabia Saudí (y otros países islámicos), Vietnam, China.

Según el autor, las dos corrientes que alientan la persecución de los cristianos hoy son el comunismo (en los reductos en que todavía gobierna) y el Islam fundamentalista.

Para Socci el país del mundo en el que hoy día la persecución contra los cristianos es más dura es Sudán.

Identidad (Juan Pablo II 214) un legado, gracias al cual da la clave para enfrentar el bien y el mal en estos tiempos difíciles.

Él recuerda la parábola del trigo y la cizaña (Mt. 13: 24-30.), aceptando que desde que existe el pecado, éste debe superarse y erradicarse en el momento oportuno, cuando el remedio no sea peor que la enfermedad. Esto es, apenas estén dadas las condiciones de robustez del bien, que permitan la hora de la siega, cuando el trigo será llevado al granero y la cizaña a la hoguera.

Deja muy claro que el mal no tiene un poder absoluto y que la redención lo ha encerrado en sus justos límites. En esos términos declara, como testigo de primera línea, cómo fue el mal que el nazismo y el comunismo hicieron durante el siglo XX. Explica la manera como Polonia los resistió, robusteciendo su sentido de la libertad, ordenada a la verdad y al bien; su sentido de cultura, ordenada a la belleza; y, su sentido de patria, ordenado al amor a los orígenes. Enseña con autoridad que el remedio por excelencia para superar el mal es haciendo el bien y no reemplazándolo por otro mal.

La obra de S.S. Benedicto XVI

Esos horizontes de verdad, bien y belleza han sido reiterativamente evocados por el actual pontífice, S.S. Benedicto XVI, quien los ha iluminado a lo largo de los cinco años de su pontificado.

Su primera encíclica *Deus Caritas est* (Benedicto XVI, *Deus* 27) despliega ante una humanidad estrujada por adversidades en todos los órdenes el amor de Dios. Un amor que es el legado indestructible que a todos pertenece, no solamente en la condición de amor eros sino de amor ágape. Hace memoria de los desposorios de la humanidad con la caridad en Cristo.

Su obra *Jesús de Nazareth* (Benedicto XVI, *Jesús* 447), que abarca la vida pública del Mesías, no sólo reivindica al Jesús histórico sino también al Jesús de la fe, poniendo a los ojos de la humanidad la fisonomía del verdadero hijo de Dios, deformada por las fuerzas anticristianas de todos los órdenes con grave daño para las nuevas generaciones.

La encíclica *Spes Salvi* (Benedicto XVI, *Spes* 31), recuerda que la fe corresponde a una realidad sustancial que llevamos dentro y no subjetiva como erróneamente la interpretó Martín Lutero, y que por eso contiene la esperanza que es don de sentido y fuente de salvación para los creyentes. Carta de navegación para quienes aspiren a permanecer en los horizontes de la verdad, el bien y la belleza.

La reciente encíclica *Caritas in veritatis* (Benedicto XVI, *Caritas* 89) ha sido considerada un legado ético de la doctrina social católica para esta época de convulsiones financieras, originadas en manejos especulativos y una codicia sin nombre. Pero ante todo recuerda la profunda unidad entre caridad y verdad en los horizontes del desarrollo humano que debe ser integral, en beneficio del progreso tanto espiritual como material.

El humanismo en la Universidad Católica de Colombia

En el ámbito interno de la Universidad Católica de Colombia, durante esta primera década del siglo XXI, floreció el Departamento de Humanidades, a la luz de la misión y el proyecto educativo institucional aprobados por la Asamblea General de esta alma mater. La idea surgió del Dr. Edwin Horta quien en 1995, respaldado por el Dr. Edgar Gómez Betancourt, convocó a su despacho de Secretario General y Vice-Rector Académico a los profesores: Margarita Bedoya Vargas, Stella Valbuena García y Carlos Arturo Ospina H. Formó así un grupo que se conoció en la Universidad como el de Vice-Rectoría y que tenía como objetivo la formulación de la misión. Posteriormente se unieron otros docentes, y en 1999, mediante una comisión convocada por la Presidencia, integrada por los doctores: Ana Lucía Chaves Correal, Edwin de Jesús Horta Vásquez y Jorge Humberto Parada Caicedo, se institucionalizaron la Misión, la Unidad Académica de Humanidades y se designaron las personas a cargo de la misma.

Sus comienzos fueron prácticamente los del pastor David: inicialmente dos jóvenes humanistas, a los cuales se les unió un tercero, se dieron a la tarea prácticamente sin contar con logística para lograrlo. Pero como la buena fe, la juventud y el entusiasmo hacen milagros, consiguieron ese propósito casi contra toda

evidencia. No los podemos olvidar: Humberto Grimaldo Durán, Alejandra Fierro Valbuena y Ricardo Gómez Bohórquez.

El Departamento de inmediato se puso en consonancia con la filosofía perenne, la antropología católica, el magisterio de la Iglesia y desarrolló los trabajos conducentes a inculturar y hacer vida la Misión y el Proyecto Educativo de la Universidad, en todos y cada uno de sus programas. Consiguió así desarrollar el trayecto: el preseminario para primer semestre, y cuatro seminarios para los semestres intermedios de Antropología, Ética, Cultura Católica y Estética. Igualmente realizó un seminario sobre filosofía y mística, acerca de la obra de Edith Stein, a cargo de Philippe Capelle, decano del Instituto Católico de París y presidente de la Federación Católica Mundial de Facultades de Filosofía.

De ahí en adelante se han desarrollado seminarios sobre bioética, arte, política y doctrina social católica con personalidades de renombre internacional. Es de destacar particularmente que ha sido abanderado del Congreso Internacional sobre Philosophie Personae.

Hoy el Departamento se honra de celebrar el *VIII Coloquio de Profesores de Humanidades* de la Universidad Católica de Colombia, cuyo honor todos los aquí presentes compartimos con esa alegría jubilar con que ha despuntado el siglo XXI.

Conclusiones

Podemos constatar que todo este período posjubileo ha sido intensamente vivido en la clave del Verbo Encarnado desde el pontificado. Ya desde las universidades católicas se ha mantenido vigente la preocupación por su identidad y se han redoblado los esfuerzos por su enfoque en torno a la persona, la creación, la verdad, el bien y la belleza.

Sin embargo, la demanda de la cultura es cada vez más exigente y prioritaria, instando a que la dimensión de la fe la empape cada vez con mayor vehemencia. He ahí el papel histórico de la universidad en el siglo XXI: girar en la órbita de la esperanza navegando en las dimensiones cósmica, histórica y antropológico-existencial, a la luz del misterio del Verbo Encarnado, con caridad intelectual,

en los horizontes de la verdad, el bien y la belleza, siempre en comunión con el magisterio de la Iglesia.

Epílogo: *Et ego dico tibi quia tu est Petrus et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam et portae inferi non prevalebunt adversum eam* (Mt. 16: 18)

El papa Benedicto XVI, durante su visita a Savona y Génova, los días 17 y 18 de mayo de 2010 recordó el largo exilio que padeció el papa Pío VII en Savona desde el verano de 1809 al verano de 1812, cuando, por orden de Napoleón, fue trasladado a Fontainebleau, como nueva residencia forzada, de donde regresaría a Roma sólo después de otros dos años. Los cinco años de prisión de Pío VII (se podría extender la afirmación a todo su pontificado) adolecen, y no sólo a nivel divulgativo, de un déficit de conocimiento incluso entre los mismos católicos, debido a la atención predominante reservada a la figura de Napoleón. No será inútil, pues, evocar brevemente algún aspecto de su prisión.

Ante todo, hay que recordar que Pío VII (elegido en Venecia tras un largo cónclave en 1800) había sido el Papa de los concordatos con la República Francesa y la República Cisalpina entre 1801 y 1803, y quien, en 1804, había consagrado emperador a Napoleón. Todo esto había creado la expectativa de una avenencia entre ellos. Sin embargo, ante las repetidas demostraciones de independencia que Pío VII dio en los años siguientes, los franceses ocuparon Roma, a comienzos de 1808, y, en julio del año siguiente, detuvieron al Papa, quien fue conducido a Savona, tras un viaje vacilante de seis semanas, porque Napoleón supo de la captura, llevada a cabo por sus generales, sólo cuando ya habían emprendido el camino (Cappelletti).

Chateaubriand, quien fue testigo de la escena de la detención en el patio de San Dámaso, comentaba: "Esta revolución ha logrado derribar incluso este trono".

Varios años llevaba en prisión el Vicario de Cristo y no se veían esperanzas de obtener la libertad, pues el emperador era el más poderoso gobernante de ese entonces. Hasta los reyes temblaban en su presencia, y su ejército era siempre el vencedor en las batallas. El Sumo Pontífice hizo entonces una promesa: "Oh Madre de Dios,

si me libras de esta indigna prisión, te honraré decretándote una nueva fiesta en la Iglesia Católica".

Muy pronto sucedió lo inesperado. Napoleón que había dicho: "Las excomuniones del Papa no son capaces de quitar el fusil de la mano de mis soldados", vio con desilusión que, en los friísimos campos de Rusia, donde había desplegado el mayor de los ejércitos que la historia había visto hasta ese momento, 500.000 efectivos, el frío helaba las manos de sus soldados, y el fusil se les iba cayendo. Y regresó humillado y derrotado con 5.000 maltrechos hombres. Además encontró que sus adversarios le habían preparado un fuerte ejército, que lo atacó y le proporcionó una total derrota. Luego fue expulsado de su país y, quien antes se atrevió a aprisionar al Papa, se vio obligado a pasar desterrado en una triste prisión el resto de su vida.

El Papa, por su lado, pudo partir a su sede pontificia y, el 24 de mayo de 1814, regresó triunfante a la ciudad de Roma. En memoria de este noble favor de la Virgen María, Pío VII decretó que en adelante cada 24 de mayo se celebrara en Roma la fiesta de María Auxiliadora en acción de gracias a la Madre de Dios[2]. Es precisamente en el día de la fiesta de María Auxiliadora que he concluido esta ponencia y Ella me ha inspirado este epílogo, como una gracia acompañada de un mensaje de esperanza y de victoria para el VIII Coloquio de Profesores de Humanidades: "Et portae inferi non prevalebunt adversum eam".

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.

2. http://www.cope.es/religion/24-05-10--historia-devocion-maria-auxiliadora-iglesia-antigua-172542-1